

Revivir a los contritos

“Yo estimo a los pobres y contritos de espíritu, a los que tiemblan ante mi palabra”.
— *Isaías 66:2*

El Profeta Isaías registra el propósito final de nuestro Padre Celestial al establecer su reino de bendiciones a Israel y todas las naciones, del cual habla en

Isaías 66:10-12,22,23. En nuestro texto de apertura, Dios también deja en claro el tipo de persona que busca para que se asocie con su amado Hijo, Jesucristo, y comparta con él en el gobierno de ese reino justo. Estas personas deben primero poseer una disposición marcada por tener un “espíritu contrito” y “pobre”. Dios ha estado buscando personas que se puedan amoldar y adaptar a su voluntad y propósito eternos. También deben amar y reverenciar su Palabra Santa de la Verdad. La reverencia es el pensamiento que transmite la palabra “tiemblan” en este versículo.

Los Quebrantados

La palabra “contrito” en nuestro texto de apertura está traducida de una palabra del hebreo que significa “afectado” o “afligido”. Por lo tanto, podría aptamente apuntar a personas cuyos corazones se arrepienten con respecto a sus propios defectos, y que reconocen los altos estándares del Altísimo Dios. Las personas contritas entienden su propia pequeñez, indignidad e imperfección,

y están vacíos de confianza en sí mismos y autoestima. Estas personas llamadas especialmente por Dios son, por lo tanto, más sumisas a la dirección de la voluntad divina en su vida, en lugar de la suya propia. Un corazón contrito también tiene un profundo y silencioso sentimiento de pena por aquello que no está en armonía con los estándares de la verdad y la justicia. La promesa de Dios es que revivirá a los pobres y contritos tanto en espíritu como en corazón. De estas personas siempre está cerca para ayudarlas a caminar en novedad de vida”.

Los de Mente Humilde

La palabra “pobre” en nuestra Escritura se refiere a quienes son de mente humilde, de espíritu modesto, y afligidos. Nuevamente, el profeta escribió, “Porque lo dice el Alto y Excelso, el que vive para siempre, cuyo nombre es Santo: “Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados”.—Isa. 57:15

El gran Dios del universo habita en la eternidad es de quien proviene toda la vida y de quien fluyen todas las bendiciones. (Sl. 89:6-12; I Cor. 8:6) Sin embargo, su ojo siempre atento está puesto en quienes ha llamado de un mundo enfermo de pecado e invitado a compartir con nuestro Señor Jesús en su futuro reino de verdad y vida en beneficio y bendición de su creación humana. (Sl. 34:15; I Pe. 3:12) Son los pobres y contritos de este mundo. Aman a nuestro Padre Celestial y buscan con entusiasmo sus “preciosas y magníficas promesas”, como se han registrado en su preciosa Palabra—la Biblia.—II Pe. 1:4

Renovador

La palabra “reanimar” en Isaías 57:15 indica el

dar nuevo aliento y vida al pueblo del Señor. El Espíritu Santo de Dios está diseñado para restablecer, renovar y satisfacer la vida misma de los verdaderos seguidores de Cristo. Se aplica a quienes tienen un corazón contrito, en total armonía y totalmente sometidos a la voluntad divina.

El profeta escribió: “Miren, el Señor y Dios llega con poder y con su brazo gobierna. Su galardón lo acompaña; su recompensa lo precede. Como un pastor que cuida su rebaño, recoge los corderos en sus brazos; los lleva junto a su pecho, y guía con cuidado a las recién paridas”. (Isa. 40:10,11) El amado Hijo del Padre Celestial, nuestro Señor Jesús, es el “brazo” de Dios al efectuar su voluntad y propósito. También es el Buen Pastor, que alimentará al “pequeño rebaño” de su Padre con alimento y sustento espiritual y lo guiará por el camino estrecho. Desde el Día de Pentecostés, Jesús ha estado reuniendo a sus ovejas en un solo rebaño y guiándolas con cuidado en su travesía cristiana.—Lucas 12:32; Juan 10:14,15.

Isaías también dijo que Dios daría fuerzas a los débiles de corazón. “¿Acaso no lo sabes? ¿Acaso no te has enterado? El Señor es el Dios eterno, creador de los confines de la tierra. No se cansa ni se fatiga y su inteligencia es insondable. Él fortalece al cansado y acrecienta las fuerzas del débil. Aun los jóvenes se cansan, se fatigan, los muchachos tropiezan y caen; pero los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán el vuelo como las águilas, correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán”.—Isa. 40:28-31

La promesa de que Dios reviviría a su pueblo pobre y contrito también fue visitada por el Salmista David. Escribió: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu firme dentro de mí. No me alejes de tu presencia ni me quites tu Santo Espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación; que un espíritu de obediencia

me sostenga”. (Sl. 51:10-12) Ejercer el “espíritu firme” dentro de nosotros comienza en la mente. La renovación de nuestra mente es una parte vital de nuestro desarrollo cristiano como Nuevas Creaciones en Jesucristo.—Rom. 12:2; II Cor. 5:17

Luego, David dijo: “Abre, Señor, mis labios y mi boca proclamará tu alabanza. Tú no te deleitas en los sacrificios ni te complacen los holocaustos; de lo contrario, te los ofrecería. El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido. En tu buena voluntad, haz que prospere Sión; levanta los muros de Jerusalén. Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, los holocaustos del todo quemados, y sobre tu altar se ofrecerán novillos”. (Sl. 51:15-19) Estos “sacrificios de justicia” son ricos en santidad y fragantes en gracia.

Jesús—El Brazo de Jehová

Cuando nuestro Señor Jesús se presentó humildemente a su Padre Celestial en total consagración para hacer su voluntad, fue bautizado en el Río Jordán por Juan el Bautista. En el registro del evento realizado por Mateo, después de que Jesús había sido bajado al agua, leemos: “Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz desde el cielo decía: ‘Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él’”.—Mat. 03:13-17

Habiendo recibido al Espíritu Santo de arriba, y escuchado las maravillosas palabras de su Padre, “Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él”, Jesús se aseguró de que era aceptado y el amor del Padre en su nombre. Después, se encontraba en el desierto, donde ayunó durante cuarenta días y noches y fue tentado por

Satanás, el Diablo. Entonces el diablo lo dejó y ángeles acudieron a servirle”. (Mat. 4:1-11) Así comenzó la parte terrenal del trabajo de Jesús como el santo brazo de Dios.

Una Gran Luz

Del recuento en las escrituras, leemos: Cuando Jesús oyó que habían encarcelado a Juan, regresó a Galilea. Partió de Nazaret y se fue a vivir a Capernaúm, que está junto al lago en la región de Zabulón y de Neftalí, para cumplir lo dicho por el profeta Isaías: ‘Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, desde el Camino del Mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo que habitaba en la oscuridad ha visto una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombra de muerte una luz ha resplandecido’. Desde entonces comenzó Jesús a predicar: ‘Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca’.— Mat. 04:12-17

Durante la estancia terrenal de nuestro Señor, enseñó a sus fieles discípulos mediante símbolos, parábolas y lenguaje profético. A principios de su ministerio, y después de un agotador día de ministerio a las multitudes, Jesús se retiró con sus discípulos a un lugar donde pudiera estar a solas con él. En su primer mensaje para ellos, habló de los humildes y contritos que responderían a sus enseñanzas.

Maravillosas Palabras de Vida

Leemos en el recuento del Evangelio de Mateo: “Cuando vio a las multitudes, subió a la ladera de una montaña y se sentó. Sus discípulos se le acercaron, tomó él la palabra y comenzó a enseñarles diciendo: Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece”. (Mat. 5:1-3) Estas maravillosas palabras de vida tenían que ver con el bienestar eterno de los discipu-

los. Ahora eran posibles miembros del futuro “reino del cielo” y Jesús hizo énfasis en la disposición que los ayudaría a asegurarse de su llamado y elección. Los “pobres en espíritu”, sabía el Maestro, con gusto se someterían a la voluntad divina y disciplina de un Padre Celestial sabio y cariñoso.

Jesús usó la palabra “dichosos” para señalar el consuelo y la felicidad permanentes que sienten los verdaderos cristianos al alcanzar un carácter que se encuentra en armonía con nuestro cariñoso Padre Celestial. Es la bendita esperanza de nuestro llamado superior en Jesucristo del cual habló Pablo en su carta a Tito. “En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con dominio propio, justicia y devoción, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.—Tit. 02:11-13

Él Consuela a los Dolilentes

Entonces, Jesús les dijo a sus discípulos: “Dichosos los que sufren, porque serán consolados”. (Mat. 5:4) Se refería a quienes penan y especialmente a los de espíritu afligido. Consolar sugiere desahogo y aliento. Esta dicha se aplica a quienes, por sus propias experiencias difíciles, poseen una naturaleza comprensiva y se sienten tocados con compasión por la pena y el dolor de los demás.

Esta marca distintiva de carácter identifica especialmente a nuestro Señor Jesús. “Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, habituado al sufrimiento. Todos evitaban mirarlo; fue despreciado y no lo estimamos. Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo con-

sideramos herido, golpeado por Dios y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeliones y molido por nuestras iniquidades. Sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz y gracias a sus heridas fuimos sanados”.—Isa. 53:3-5

Jesús cargó con nuestras penas y aflicciones. Esta entrañable marca de carácter nos recuerda sobre la actitud de mente y corazón que mostró en la tumba de Lázaro. Lloró en dicha ocasión por su profundo carácter comprensivo. (Juan 11:32-36) Al caminar en novedad de vida, esforcémonos también por ser más como él. Recibamos consuelo y estemos listos para consolar a los demás, recordando estas palabras de Pablo: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que, con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren. Pues, así como participamos abundantemente en los sufrimientos de Cristo, así también por medio de él tenemos abundante consuelo. Si sufrimos, es para que ustedes tengan consuelo y salvación; y si somos consolados, es para que ustedes tengan el consuelo que los ayude a soportar con paciencia los mismos sufrimientos que nosotros padecemos”.—II Cor. 1:3-6

Promesas a Los Humildes

Jesús también llevó a la atención de sus discípulos la importancia de poseer un espíritu humilde. Dijo: “Dichosos los humildes, porque recibirán la tierra como herencia”. (Mat. 5:5) Esta característica sugiere una disposición delicada y el espíritu de bondad. No se provoca ni irrita con facilidad, y es paciente ante las lesiones o molestias. El Maestro es nuestro mejor ejemplo, y haremos bien en inspirarnos en él, que dijo: “Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán

descanso para sus almas”.—Mat. 11:29

Un espíritu humilde y gentil es uno al cual se le enseña con más facilidad, y que se somete libremente a la voluntad de Dios. El Apóstol Santiago escribió: “¿O creen que la Escritura dice en vano que Dios ama celosamente al espíritu que hizo morar en nosotros? Pero él nos da más gracia. Por eso dice la Escritura: ‘Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes’. Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo y él huirá de ustedes”.—Santiago 4:5-7

Jesús dijo que los humildes “heredarían la tierra”. Esta promesa tendrá lugar después de que “este mundo malvado” haya llegado a su fin, y el reino de Cristo sea establecido. (Gál. 1:4) El salmista escribió: “¿Por qué se rebelan las naciones y en vano conspiran los pueblos? Los reyes de la tierra se rebelan; los gobernantes se confabulan contra el Señor y contra su ungido. Y dicen: ‘¡Hagamos pedazos sus cadenas! ¡Librémonos de su yugo!’”. El que está en el trono de los cielos se ríe; el Señor se burla de ellos. En su enojo los reprende, en su furor los asusta y dice: ‘He establecido a mi rey sobre Sión, mi santo monte’. Yo proclamaré el decreto del Señor: ‘Tú eres mi hijo’, me ha dicho, ‘hoy mismo te he engendrado. Pídemme, y como herencia te entregaré las naciones; serán tu propiedad los confines de la tierra”.—Sl. 2:1-8

Sed y Hambre Saciadas

Otra de las lecciones de nuestro Señor Jesús es: “Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados”. (Mat. 5:6) Esto sugiere una disposición humilde que anhela la verdad y la justicia, y la enseñanza de Dios. Está centrada en una fe en crecimiento y un deseo de complacer a nuestro cariñoso Padre Celestial. “Como ciervo jadeante que busca las corrientes de agua, así te busca, oh Dios, todo mi ser. Tengo sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo

podré presentarme ante Dios?” “Oh Dios, tú eres mi Dios; yo te busco intensamente. Mi alma tiene sed de ti; todo mi ser te anhela, cual tierra seca, sedienta y sin agua”. (Sl. 42:1,2; 63:1) De seguro esto se “saciará” como lo prometió el Maestro.

Compasión y Pureza De Corazón

Otra de las características más deseables que debe atener el pueblo del Señor es la compasión. Ser compasivo es un principio que se asemeja a Cristo, y Jesús dijo: “Dichosos los compasivos, porque serán tratados con compasión”. (Mat. 5:7) Esto se aplica a quienes reconocen su propia necesidad de compasión divina en su vida. Dios extenderá su compasión a nosotros de manera proporcional a nuestra voluntad de ser compasivos y más generosos para con los demás. El corazón más generoso, cariñoso y compasivo es, por lo tanto, “dichoso”, porque vive más cerca de Dios y sus estándares de justicia.

Ninguna de las personas del Señor puede jamás esperar obtener la perfección absoluta de conducta, pensamiento o palabra, pero nuestro cariñoso Padre observa la intención del corazón. Quienes tienen un corazón honesto y puro lleno del espíritu sagrado son especialmente deseables para el Padre Celestial. Fue así que nuestro Señor Jesús enseñó: “Dichosos los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios”.—versículo 8

La promesa es que quienes poseen esta marca de carácter cristiano verán a Dios. Entonces, leemos: “¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! El mundo no nos conoce, precisamente, porque no lo conoció a él. Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal

como él es. Todo el que tiene esta esperanza en Cristo se purifica a sí mismo, así como él es puro”.—I Juan 3:1-3

Hijos de Dios

Jesús fue ciertamente un hombre de paz, y al principio de su ministerio terrenal les enseñó a sus discípulos: “Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”. (Mat. 5:9) Al finalizar el trabajo de su Padre y cuando estaba por abandonar a sus discípulos, les dijo: “La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden”.—Juan 14:27

Los hacedores de la paz se llamarán los “hijos de Dios”. Son llamados de un mundo enfermo de pecado, y guiados por el Espíritu Santo de Dios por haberse perfeccionado en la justicia. “Por tanto, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir conforme a la carne. Porque si ustedes viven conforme a ella, morirán; pero si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios”. (Rom. 8:12-14) “Busquen la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.—Heb. 12:14

Pruebas Necesarias

Cuando Jesús estaba terminando su lección, agregó estas palabras sombrías: “Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque el reino de los cielos les pertenece. Dichosos serán ustedes cuando por mi causa la gente los insulte, los persiga y levante contra ustedes toda clase de calumnias. Alégrese y llénense de júbilo, porque les espera una gran recompensa en el cielo. Así también persiguieron a los profetas que los precedieron a ustedes”.—Mat. 05:10-12

Jesús fue insultado para demostrar su lealtad a Dios

y los principios de justicia. Debemos considerar que es un privilegio compartir su sufrimiento. “Queridos hermanos, no se extrañen del fuego de la prueba que están soportando, como si fuera algo insólito. Al contrario, alégrese de tener parte en los sufrimientos de Cristo, para que también sea inmensa su alegría cuando se revele la gloria de Cristo. Dichosos ustedes si los insultan por causa del nombre de Cristo, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre ustedes”.—I Pe. 04:12-14

Se requiere mucho en materia de fortaleza espiritual para regocijarse en el sufrimiento y reproche. Al escribir a los hermanos de Éfeso, el Apóstol Pablo los alentó por esta línea de pensamiento. Dijo: “Esclavos, obedezcan a sus amos terrenales con respeto y temor, y con corazón sincero, como a Cristo. No lo hagan solo cuando los estén mirando, como los que quieren ganarse el favor humano, sino como esclavos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios. Sirvan de buena gana, como quien sirve al Señor y no a los hombres, [...] fortalézcanse con el gran poder del Señor”.—Ef. 6:5-7,10

Ni Muchos Sabios Ni Muchos Nobles

El plan máximo de reconciliación para la familia humana enferma de pecado parece ingenua a la mente de la mayoría de las personas. Pablo dijo: “Pues la locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana. Hermanos, consideren su propio llamamiento: no muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; tampoco son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna”.—I Cor. 1:25,26

Durante este tiempo presente, Dios busca a quienes son insignificantes desde el punto de vista del mundo—los humildes y contritos—que pueden aprender de él y cuya mente se puede transformar para adaptarse al patrón de su amado Hijo. Santiago dijo: “Escuchen, mis queridos hermanos: ¿No ha escogido Dios a los que son pobres, según el

mundo, para que sean ricos en la fe y hereden el reino que prometió a quienes lo aman?”—Santiago 2:5

Los Débiles Confunden a Los Sabios

En su carta a la iglesia de Corinto, Pablo proclamó además: “Pero Dios escogió lo tonto del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos. También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. Pero gracias a él ustedes están unidos en Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: ‘Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor’”.—I Cor. 01:27-31

El poder de la Verdad confunde a los sabios del mundo en las manos de los más débiles de Dios. De este modo obstaculiza el orgullo y la vanagloria del hombre. “¡Por causa de Cristo nosotros somos los ignorantes; ustedes en Cristo son los inteligentes! ¡Los débiles somos nosotros, los fuertes son ustedes! ¡A ustedes se les estima, a nosotros se nos desprecia!” (I Cor. 4:10) Por ende, no ha de sorprendernos que los hijos consagrados de Dios, que se esfuerzan por lograr su llamado y elección, ciertamente sean considerados “tontos” por muchos en el mundo.

Si somos de quienes tienen una disposición humilde y contrita, y fieles hasta la muerte, compartiremos con nuestro Señor Jesús la dicha de todas las familias de la tierra en el futuro reino de Cristo. (Ap. 2:10; Gén. 22:18; Hechos 3:25) Por lo tanto, esforcémonos por seguir cada día los sentimientos de estas palabras: “Por la gracia que se me ha dado, digo a todos ustedes: Nadie tenga un concepto de sí más alto que el que debe tener, sino más bien piense de sí mismo con moderación, según la medida de fe que Dios le haya dado”.—Rom. 12:3 ■